

ciente para llenarlo. Alicia refugióse debajo de un árbol por temor a ser arrollada y esperó a que pasaran.

Pensó que nunca había visto unos soldados que tuviesen las piernas tan inseguras. No hubo objeto con el que no tropezaran, ni eran capaces de ir dos juntos sin tropezar uno con el otro y caer rodando por el suelo, lo que daba lugar a que todos los que iban detrás se precipitaran sobre ellos, de modo que en poco tiempo, el suelo hallábase cubierto de cientos de montones de hombres.

Llegaron luego los caballos. Estos, con sus cuatro patas, podían manejarse con más seguridad, pero no por eso dejaban de dar sus buenos tropezones, y parecía una especie de regla o ley, el que tan pronto como el caballo daba un traspiés allá iba el jinete despedido por el aire. La confusión iba en aumento de una manera alarmante, y Alicia se sintió feliz al hallarse en un lugar abierto en donde encontró al rey blanco sentado en el suelo, muy ocupado en escribir en su cuaderno de apuntes.

—¡Los he enviado a todos! — exclamó el rey, muy contento, al ver a Alicia —. Dime, querida, ¿encontraste algunos soldados mientras ibas por el bosque?

—Sí, creo que eran algunos miles — contestóle Alicia.

—Cuatro mil doscientos siete, ésa es la cifra exacta — repuso el rey consultando el libro —. No pude enviar todos los caballos, porque dos los empleo en la caza. A los mensajeros tampoco los he enviado. Los dos fueron a la ciudad... A propósito, fíjate si los ves por la carretera y dímelo.

—A nadie veo en la carretera.

—¡Si yo poseyera tus ojos! ¡Ser capaz de ver a Nadie! ¡Y a esa distancia! Yo sólo podría ver personas de carne y hueso, desde aquí.

Alicia no oyó estas palabras; con la mano puesta sobre los ojos a guisa de pantalla, estaba empeñada en descubrir si venía alguien por la carretera.

—¡Ya veo a alguien! — exclamó al fin —. Pero viene muy despacito y hace unos gestos muy extraños.

El mensajero (pues era él) venía saltando y caracoleando como una anguila, y mientras avanzaba, extendía las manos como si fueran abanicos.

—Nada de eso — dijo el rey —. Es un mensajero anglosajón y esos gestos son puramente anglosajones. Sólo los hace cuando se siente feliz. Se llama Fidel...

—Amo a mi amor con F — no pudo menos de empezar Alicia, acordándose de un juego — porque es feliz. I

